

Canicas ruedan

Volumen I

Pedro Carbonell Castellero

Canicas ruedan

Volumen I

© 2016, Pedro Carbonell Castellero

1

Hace como dos años, fuimos mi hermana y yo a una librería de Viladecans. Yo hojeaba por ahí, entre los estantes, intentando robar algo, y mi hermana hablaba con el librero, quizás para distraer su atención y yo poder campar a mis anchas. Pero no era ésa su intención; estaba preguntándole por una obra en concreto, una novela titulada *La broma infinita*. Se acercaron ambos a donde yo estaba, y, casualidad, donde estaba el libro. Entonces lo vi, y me entraron sudores de canguelo porque mi hermana estaba pidiéndome que lo adquiriese y lo leyera. ¿Por qué sentí pánico y deseos de escapar de allí? Muy simple: el libro, más que una “broma”, parecía un “cachondeo”. Enorme, gigantesco, infinito como decía una de las palabras de su título.

-Es un tocho -dije sollozando-. ¿De verdad quieres que me lo lea?

El librero me miraba entre compadecido y contento por la perspectiva de deshacerse, además ganando pasta, de ese monstruo.

-He oído hablar muy bien del autor -dijo mi hermana.

Dudé unos instantes. Quiero decir que dudé de entre salir de allí corriendo o matarla a ella, a mi hermana. Pero impulsos que no eran de ese tipo también corrían por mi mente, y acepté leerlo.

El libro estaba bastante arriba y el librero se puso de puntillas para cogerlo. Llegaba justo y lo tiraba hacia atrás, no calculó bien y se cayó del estante el volumen, formando un cráter en el suelo de terrazo beis tras el impacto. Me agaché y lo cogí, con enorme riesgo de producirme una hernia discal.

Ya lo tenía en mis manos.

No me abandonó durante mucho tiempo

La broma infinita es el icono literario de uno de nuestros movimientos urbanos contemporáneos, conocido como hipster, compuesto por individuos jóvenes que desean destacar en lo intelectual y visten desenfadadamente. Como en todo movimiento de este tipo cuando se extiende, surgieron imitadores que empezaron a diluir la corriente primaria, y a muchos de éstos se los reconoce porque no se les puede hablar de un tema en profundidad aunque tengan un ejemplar de *Finnegans Wake* bajo el brazo, ya que lo suyo, lo de los imitadores, es lo que en el argot se llama “postureo”, o sea, que hacen ver que son lo que no son en realidad. El mimetismo hace avanzar al mundo.

El asunto es que comencé a leer la obra y le di fin al cabo de unos meses. Me gustó pese a observar que había muchas cosas que sobraban en ella, lo que se llama *paja*. Cosa curiosa, me entró el gusanillo de escribir algo, de ser autor de un libro yo también.

Por supuesto, tenía muchas lecturas a mis espaldas, pero *La broma infinita* la menciono porque fue el detonante definitivo para que tomase bolígrafo y papel. El motivo concreto de que fuese esta obra la que me impulsara definitivamente a escribir, lo ignoro, porque se trata de una novela llena de clichés, y de gente con problemas pero todos ellos superdotados. Puede que el impulso mío se debiese a que sentí algo parecido a *una necesidad* de escribir algo incluso más extenso que esa obra; dicho de otro modo, digamos que fue una cuestión volumétrica, de superar extensiones ya realizadas, poco relacionado ello con la literatura en sí (a la hora de la

verdad, cuando te pones en serio a crear, las cosas son distintas: sólo pude escribir una novela corta). Pero todo eso son suposiciones, porque hallar las motivaciones reales de las personas cuando sienten deseos de realizar algo, es en definitiva imposible; así que el caso fue ese, que al acabar la lectura del libro sentí que debía escribir. Y aquí dejo el tema.

2

Lo siguiente, en cursiva, está escogido al azar e insertado aquí como muestra orientativa de lo que anduve escribiendo. Tal texto, pero completo -no sólo el fragmento ahí expuesto-, una novela corta, lo envié a un agente literario:

El niño quiere jugar en estucos sin llamas que no pintan. Aburrido, busca compañeros que deslizan aciagos paseos, pero no encuentra.

Marcha.

Rato circunscrito en el que la madre le grita con sonidos que rebotan desde el propio aire. Casi no dejan marca, sólo chorros en eco que alimentan el suelo.

Asfalto permanece y tintinea en sueños. No tengo dónde ir, me digo. Veo el olvido y la pelota, y se detienen.

No es tarde; mañana, tampoco.

-La prosa, señor. Se le ha caído -comenta un joven. Supongo que a mí.

Y entonces recuerdo.

Años cerrado en la estulticia del otro, y momentos que hubiese deseado vivir.

Esto es lo plasmado.

-Eso no vale nada, señor. No vendería ni un solo ejemplar -me comentaba por teléfono el agente literario.

-Estoy de acuerdo -dije.

-Si piensa lo mismo que nosotros, ¿por qué coño lo envía, haciéndonos perder el tiempo?

-Necesitaba contrastar.

-Pues, hale, váyase a tomar viento. -Y cortó.

Permanecí con el teléfono en mi rostro, impactado por su mala educación. Luego me tendí en el sofá, reflexivo.

La novela corta no era gran cosa. Debía reconocerlo: yo no era bueno escribiendo. Pero era mi primer intento en verdad serio de plasmar algo para el mundo de las letras, así que no había motivos reales para desanimarme ya que siempre podía intentarlo de nuevo. También me chocó una cosa, y es que me hiciese caso una agencia literaria, pues el mundillo de la edición es poco receptivo a los autores noveles; casi seguro que les animó a hacerme un poco de caso el hecho de que mi obra fuese tan breve, y el que yo me hubiese mostrado tan pesado, haciendo constantes llamadas, tantas, que diría que me mostré hasta impertinente. Quizás por eso la despedida de ese hombre fue así de grosera. Supongo.

Me incorporé del sofá como si me hubiese impulsado un muelle. Así: *¡Boing!* Escalé montañas de basura hasta que encontré la cafetera y la puse al fuego.

Bebí moviendo faz. Y pensaba. Me decía que jamás se tiene que perder porque el mismo hecho de venir a este mundo ya representa la verdadera pérdida. Y yo de veras deseaba ser escritor, no me conformaba con lo realizado hasta ahora, esa novela corta que debía tirarse a la papelera. Pensé otra vez, como fracturado por impulsos: “La moda en la literatura

actual consiste en que todo autor que se precie crea su escritor o bien su detective, y a partir de ahí hace sagas. Me decantaría por lo segundo, un 'peazo' detective que... Sí..., que tenga superpoderes y los use con elegancia y discreción, y que sea un poco neurótico, o puede que salidillo y no se coma nada con las chicas, por lo que además de acudir a los lavabos públicos para ponerse su traje de superhéroe, aproveche ya de paso que está en tan discreto lugar y se masturbe como un macaco...”

Era una gilipollez, pero es que si no escribes gilipolleces no te comes una mierda, estás vendido como escritor, es decir, que no vendes nada, pero que nada, ni un ejemplar.

Dejé de lado las reflexiones para volver a los sutiles engranajes de la vida, de la acción, que retomaba su marcha abriendo en abanico posibilidades. Así que fregué la vajilla y barrí, inútilmente esto último, porque caía más mierda de no sabía dónde y todo volvía a ensuciarse, prosaico, casi elemental.

Llamaron a la puerta, con los nudillos. Abrí y contemplé a los dos agentes de policía. Enormes.

-Asesino cabrón -dijo uno y me inmovilizó retorciéndome un brazo. El otro me esposó.

-Ni se ha quejado -dijo el otro.

-No le habrá dado tiempo a escribirlo -comentó su compañero mientras me daba patadas en el vientre.

Yo, consciente de vivir una grave situación, intentaba persuadirlos de que me dieran ideas para escribir una novela.

-Sí, claro, un “truño” tuyo es lo que nos hace falta ahora -dijo el que

me pegaba. Y más cabreado aún, me endiñó una patada en los huevos.

Me retorcí gimiendo y le comenté que se había pasado. Me miró ceñudo y asintió con la cabeza.

-Perdona, asesino cabrón.

-Muy cabrón, sí -dijo el otro, jaleándolo.

De repente todo esto acabó, no porque fuese un sueño o una pesadilla, sino porque los tres nos fuimos juntos de cañas.

Bien sabemos que todo lo aquí contado sucede en este mismo libro.

3

Siempre fijé miradas vacías de pensamientos cuando pasaba ante la casa con ventanales de arcos ojivales supurados en piedra. La argamasa era de barro y no sujetaba bien los materiales. Los cascotes quedaban desprendidos abajo, amontonados en el suelo, y así dejaban huecos en bocas de pesadumbre, sin caries ni orificios negros. La maleza cubría un terreno descuidado en el que los niños jugaban casi desnudos y sin control de adultos.

Me asomaba por el portal y contemplaba a los niños, a la piedra roja, al patio vencido por el tiempo.

Al alejarme, siempre sentía a mis espaldas las miradas infantiles, interrogativas e indiscretas.

El pueblo no era pueblo, era un caldo de información tergiversada.

Decidí marchar y aquí estoy, en la ciudad.

Años intentando ampliar márgenes vitales sin conseguirlo.

Después de una minuciosa selección durante el transcurso de la vida, puedo decir que sólo tengo a mi hermana, y dos amigos. A uno de ellos voy a ver. Ahora, ahora voy a verlo. Y ahora mis pies caminan.

Pasado el siguiente párrafo, hablaré en pretérito.

Miquel es un hombre de poca presencia física. Su gran bonhomía distribuye tranquilidad a su alrededor, y acierta siempre con la conversación que a uno le agrada llevar. Gusta mucho de leer, es un gran lector, voraz y elitista; con ello, al paso del tiempo ha ido convirtiéndose en un gran crítico literario y además sabe recomendar lecturas a los demás. Es mi amigo, ya lo

dije; lo considero mi amigo pese a que a veces hace gala de un egoísmo bastante infantil. Nadie es perfecto.

Habíamos quedado para vernos en la parte céntrica de la ciudad. Yo llevaba una carpeta, y en su interior mi novelita impresa en folios y encuadrada con anillas. Me interesaba que Miquel me diese su opinión sobre el libro.

Lo vi llegar; su cara difusa y sus ojos que no alcanzaban, no alcanzaban... Nos dimos un apretón de manos.

-¿Las cosas van bien?

-Sí, Miquel. Las otras cosas, no.

Agachó la cabeza, puso brazos en jarras y emitió un suspiro mezclado con un eructo que apestaba a coñac.

-Suele ocurrir -dijo.

-Vamos a pasear un poco. Ven.

Caminamos un rato entre el gentío, sin hablar.

Vi un bar, una taberna más bien. A Miquel siempre le han gustado los figones con peste a vino, cucarachas corriendo por el mostrador, moscas pegajosas y borrachos decrepitos que dejan perdido el suelo al escupir continuamente en él. Le atraen esos sitios porque halla en ellos personajes patibularios que han sido triturados por el rodillo de la vida; y ese tipo de individuos le fascinan. A mí no, pero le dije de tomar algo y aceptó.

Y ahí estábamos, frente a frente ocupando una mesa barata, de formica marrón, y sillas de dar dolor de espalda.

Mientras con parsimonia abría yo la carpeta, una de sus gomas se rompió. Eso hizo que me alterase; quiero decir: cuando oyes un fuerte

chasquido y juntamente hay algo que *resbala* de tu vista, en este caso la goma rota que al destensarse se mete veloz para adentro, normalmente respingas. Y yo lo hice. Y que al respingar golpeé sin querer un vaso; que el vaso derramó todo su contenido sobre la mesa y el suelo debido a mi acción; que con rapidez de avalancha el líquido caído en la mesa se dirigió hacia donde estaba sentado Miquel; que Miquel intentó evitar el humedecerse y se echó para atrás; que al echarse para atrás no controló bien el equilibrio; que la consecuencia fue una caída de espaldas y a plomo; que lógicamente quedó con el respaldo de la silla en medio de su espalda y del suelo, y en consecuencia sintió un intenso dolor en la susodicha; que Miquel se cagó en mi puta madre y yo no lo consentí; que en el suelo Miquel, yo le pisoteé la cabeza todo lleno de rabia; que Miquel gimoteaba repugnantemente, todo su rostro lleno de sangre; que los parroquianos del lugar me animaban con gritos de “mátalo, mátalo”; que la dueña avisó a la policía; que ésta llegó en seguida y nos llevaron, a Miquel y a mí, esposados a comisaría; que después de unas horas de reflexión en sendas celdas de aislamiento del calabozo, Miquel y yo declaramos lo que precede.

El sargento lo tecleó todo a dos dedos, y según pude observar en el breve instante en que tuve el texto en mis manos, las faltas de ortografía eran numerosas y los errores de puntuación, vergonzantes. También había “modernizado” la sintaxis.

-Firmad aquí -dijo el policía-. Es una reyerta como tantas y esto no pasará de una multa.

Salimos juntos de comisaría Miquel y yo. Le habían realizado unas curas y tenía la cabeza llena de esparadrapo, e hinchada, asombrosamente

hinchada y tumefacta. Parecía un cabestro.

-Somos un par de imbéciles -dijo.

-Lo somos -reconocí-. Miquel...

-Qué.

-Oye, de verdad, perdóname. Me sentó mal que aludieses de ese modo a mi madre.

-No pasa nada. No por eso nuestra amistad se va a romper.

-Gracias.

-No hay de qué. Además, yo no tenía que haber lanzado tal improperio.

Estábamos en el parque de una plaza rodeada por altos edificios ajenos. El tráfico hacía ruido, como de coches. Y la gente pasaba y nos miraba, nos miraba. Cuando se aproximaban a nosotros, daban un discreto rodeo y continuaban su camino.

-¿Te duele mucho la cara?

-Apenas nada ya -respondió, enseñando un colmillo recién partido.

Pese a las vicisitudes que pasamos desde que entramos en esa tasca, no permití en momento alguno que la carpeta se separara de mí. Saqué de ella la novelita.

Lo que en este momento se plasma es una nueva obra, pero hay una mínima cadencia con la anterior. Lo que se narra ahora son hechos reales derivados de esa novelita, y en cierto modo la continúa, aunque no hay conexión entre ambos textos. Me explico mejor: el haber creado esa novela corta producía una serie de concatenaciones causales si yo deseaba saber la opinión de otro sobre ella -Miquel-, y a su vez narraba lo que acontecía por

pedir tal opinión, lo cual era el caso.

-Verás, Miquel -dije mientras él me dejaba hacer-. Esto es una novelita que escribí hace nada. -Se la entregué. Empezó a ojearla, interesado en el tema.

-Supongo que me vas a pedir una opinión -dijo.

-Eso es.

Quedamos en volver a vernos a no tardar, una tarde. Y nos separamos.

4

Gano poco dinero, sólo lo justo para sobrevivir, trabajando de camarero extra los fines de semana en un restaurante. Con eso voy tirando, tengo para mis gastos y también para colaborar un poco en casa. En casa somos dos: mi hermana, a quien ya he mencionado aquí, y yo. Ella es soltera y la primogénita de dos hermanos. El otro hermano soy yo, claro. Cuida de mí y del hogar, ella, de nuestro hogar que es alquilado. También aporta a la economía doméstica; lo hace a base de limpiar hogares y fregar escaleras, y esto, trabajar en esto, le produce un cansancio permanente que la avejenta un poco. A veces se muestra huraña e iracunda, atrabiliaria, mi hermana. Cuando se manifiesta de ese modo, pienso que es debido a que aún no ha encontrado un amor, un hombre que la haga soñar.

Llegué tarde a casa ese día, el del altercado con Miquel. Entré y vi el humeante plato de sopa sobre nuestra mesa, a la cual cubre un hule sucio, roto y desgastado, un tanto deprimente.

-He puesto la cena hace poco -dijo mi hermana.

-Es tarde, sí. Gracias.

Sin responder se retiró a su cuarto.

Mi hermana pasa sus horas muertas de dos modos básicamente: asomada a la ventana viendo el tráfico y el errante ir y venir de la gente por la calle, y leyendo. Le gusta mucho leer, pero lo hace con poco criterio y se traga cualquier mierda que le ponen ante los ojos.

Pensaba, yo, mientras subía cucharadas de sopa a mi boca, y llegaba a conclusiones extrañas.

La vida parece una película, pero una película mala. Se nos van desgranando una serie de etapas vitales que poco a poco conforman nuestro ser, y acabamos siendo distintos de lo anterior que fuimos, pero ensamblado el *yo* por cadenas de recuerdos, por un conjunto de vivencias y por el determinismo del molde genético. Con esta serie de ensamblajes siempre creemos de veras que somos el mismo individuo, pero no es así, porque lo que de verdad nos hace ser lo que somos es la sucesión de estados anímicos que nos invaden dependiendo de las situaciones, y sobre todo, ya a ciertas edades, el modo con que la experiencia nos pueda proveer de modelos previos que sean semejantes a los que vivimos en el presente...

En cosas así pensaba, por ejemplo; pero yo pensaba en realidad en más cosas, cosas que no se parecían entre sí y que vagaban neblinosas y en estado puro, como caldo primigenio de esencias sin olor y de hierro como goma que no se comba.

Es deriva, todo es deriva. Pasivos somos a menudo; el futuro tiene visos de maldad.

El plato, la cuchara. Objetos. Sustancias y situaciones que generan percepciones, que son y están en nuestros sentidos; pero los sentidos podrían ser otros, y así nuestro mundo distinto.

Salí a la calle. Pasear es una actividad aleatoria y automática. Cuando caminas, la mente se desprende del hacer cotidiano y los pensamientos adquieren a veces cierto grado de elevación. Si vas por el campo y no hay alimañas ni situaciones que te generen ansiedad, tensión o distracción, acabas siempre pensando en marcarte un objetivo, un blanco, un destino. A veces lo deseado es a menudo visual y espacial, y suelen ser esas

lomas boscosas que vislumbra a través del relente parsimonioso de un sol que abarca colores y sensaciones, que diluye las estructuras y hace que el recuerdo divague en espejismos siempre puros.

Animales, plantas, piedras, charcos porque ha llovido, y esos desconocidos que pasean, como tú, y te saludan. Estaba. ¿Dónde estaba? Allí, sí, allí estaba yo, en el camino de tierra bordeado por arbustos, mirando el suelo, a las hormigas. Pero yo había cenado y ahora era de día, pleno mediodía en realidad; por lo tanto, el momento descriptivo tenía que ser otro.

Y llegué a casa, otra vez, aplastado por la madrugada y el deprimente ensueño de saber que la vida es sólo vida y no es nada. Estímulos, proyectos debía realizar, como el libro estúpido que me corroe; que patadas le daba en golpes no esterillas. Y siempre, siempre el centro de todo en genitales que forman otro ser, consecución en marcha, y así, así hasta el fin. Lluvia y genes, en genes; fértil el ambiguo estrato, que fragmenta y diversifica.

Quería acostarme pero el techo corría y yo no llegaba a la cama.

Pese a todo, lo conseguí y pude dormir.

A menudo cito cosas que a veces ni yo entiendo porque son conceptos esquivos que divagan en la mente, mortecinos; y en el fondo todo eso no es más que el residuo casi apagado de un pensamiento que quizás en el pasado tuvo características de idea vasta y resolutiva, óptima; pero ya no lo es. Y así, así con frecuencia, muchas veces.

El sitio era otro, una calle sin tránsito, peatonal con dos peatones: Miquel y yo, caminando juntos.

-Aparte de ser un texto incoherente, pienso que aborras un tema

recurrente en el escritor desgastado: las dificultades de la creación literaria. Dando ese tratamiento a su narrativa, muchos autores mediocres que se sienten intelectuales han creado libros extensísimos e infumables -dijo Miquel. Palabras que bien interpretadas, venían a decir de mi novela corta: “Menuda mierda has escrito”.

-Tienes razón -dije.

-¿Por qué no inventas un personaje?

-Es también algo muy trillado.

-Pero resulta eficiente a la hora de crear tramas.

-Lo pensaré.

Era por la tarde, unos pocos días después. Y era también un factor generativo: el ir de algún modo hacia delante en la obra, puesto que se plasma.

Ruido que subsume y sensaciones ingravidas, carcoma de la tranquilidad ante el saber que en algo has de ocupar la vida; porque esto, la vida, no es más que algo vacío que debemos llenar, y lo hacemos con tonterías. Sí, con tonterías, pues si se mira al fondo de todo, un buen observador se da cuenta de que las cosas serias no existen.

-Me apetece alejarme de aquí -dije.

-¿Adónde quieres ir?

Al tren y el sol que nos estalle en la cara, pensé.

-Los paisajes... Esos valles indistintos en verde y sus ríos que apaciguan...

Me giré.

Miquel nunca estuvo a mi lado. O sí, porque podía ser perro o

piedra, o brisa que me soñaba. Por lo tanto sí estaba, porque yo lo exigía y porque tenía que estar, indefectiblemente.

-Necesito crearte -le dije.

Sonrió.

-Y yo a ti -respondió.

-Quiero hablar con mi hermana. ¿Vienes conmigo? -Aceptó.

5

Mi hermana no estaba. Se llamaría Paloma al volver. De dónde. ¿De la compra? ¿De ver a un primer amor? Es joven y no tiene futuro; yo soy joven y no tengo futuro. Miquel ni se esfuerza ya en pensar en un futuro.

Es curioso el nuevo estado de esclavitud en que vivimos. Mediante maniobras bien calculadas por las élites, la gran mayoría de la población se hipotecó. Bastó con cerrar el grifo a unos ingresos estables y dignos, y ya está, ya dispone la oligarquía de esclavos. Esclavos absolutos: te has hipotecado pero no tienes para pagar, por lo tanto aceptarás cualquier trabajo que te oferten, y si rechistas, pues ya sabes, estamos en crisis y hay cientos como tú esperando para deslomarse. Obedecerás en todo, te pagaremos poco o nada y harás horas extraordinarias que no cobrarás; así que agradece que de momento no te expropiemos (“robar” es la palabra) esa vivienda de mierda que has comprado tan cara, y que no te rematemos con un tiro de gracia en la cabeza...

No voy a perder más tiempo en hablar (al menos de momento) de las vertientes execrables de nuestra sociedad. Ni de los poderosos, porque la gente pudiente pero moralmente barata, en realidad no interesa a nadie, o por lo menos a nadie que tenga dos dedos de frente.

Paloma llegó. Se escuchó abrir y cerrar la puerta, y un silencioso mecanismo la llevó ante nuestros ojos. Iba bien vestida, con falda, falda corta, y abajo, si no se sabe, algo que nada.

Se alegró cuando vio a Miquel. A mí no; o no me vio o no se alegró.

-Hola, literato -le dijo.

-Hola, Paloma. ¿Qué tal? -dije yo.

-Para qué coño me preguntas tú -dijo, mosqueada.

-Es verdad -reconocí, y me giré para escupir al suelo un gargajo que se me había atravesado en las fosas nasales.

Miquel contemplaba el lapo.

-¿Sabías que si ahora pasas en eso la fregona, queda el trozo que ocupa limpio que te cagas? -dijo mientras ventoseaba ruidosamente.

-Voy a abrir la ventana -comentó mi hermana.

-Las lentejas -se excusó Miquel.

-Sí, vale, pero aléjate un poco de mí -le dije.

Así lo hizo y al instante retumbó el edificio.

-Los garbanzos -dijo Miquel.

-Sí que comes -dijo mi hermana planeando sobre el sofá. Lo ocupó por entero, toda estirada en él.

-Pon la tele, Paloma, me apetece ver anuncios -comenté.

La situación era ridícula y hasta grosera, muy escatológica con seguridad, pero mientras tanto, en medio del olor que había dispersado Miquel, y entre el sonido bullanguero del televisor junto a los resplandores propios de la pantalla que te impelen a mirar el aparato, la vida cruzaba a nuestras espaldas y nos afligía con esa tendencia que tiene a hacer que todo vaya a peor, y es que así se nos representa que ha de ser, ir a peor, porque no hay modo de cambiar las cosas para bien. Elucubrar de tal modo me llevaba a sensaciones que debían de tener ensamblajes ficticios o puede incluso que chapuceros, aunque en la esencia de la naturaleza, pensaba, tiene que haber algo más que eso, algo más que módulos unidos al azar que llevan a ninguna

parte, de manera que, siguiendo esos razonamientos, lo que sobrevénia a mi mente tenía que ser falso, sin duda -y en cualquier individuo-, porque me consta que todo en sí es realidad y no sólo las partes que concebimos de ella, pero que ésta nos lleva, o quizás siempre nos sujeta, a una serie de predomios que se autoabastecen, y de los cuales raramente podemos elegir otras opciones que no sean las citadas partes; por lo tanto la solución es esperar a optimizar lo que captamos y que la mente lo reelabore, para llegado el instante enriquecer lo deseado -siempre fragmentario-, y plasmarlo en hechos o en palabras, o en ambos, y quizás incluso en otras cosas, y así la quincalla que nos transporta por el tiempo y por la realidad, de ese modo resultará útil y fértil en nuestras vidas.

El televisor tronaba, Miquel tronaba, Paloma y yo alzábamos la voz, tronantes. Los vecinos hicieron tronar la puerta. Lo dejamos todo, dejamos de tronar y acudimos a calmar a los vecinos. Lo conseguimos.

Ahora era el momento decisivo.

6

Ahora es el momento decisivo.

Acordamos en irnos a vivir a un pueblo tranquilo, los tres. No era complicado: mi hermana y yo vivíamos en alquiler, y Miquel había ido a parar de nuevo a casa de sus padres después de un período de convivencia con una compañera sentimental que acabó abandonándolo cuando quedó en paro.

Había sombras que guiñaban al sol, y marchó nuestro amigo sin que concretáramos algo.

Lo que al principio era una ilusión, con el transcurrir del tiempo se plasmó todo en hatos y cajas que llenaban el pasillo, amontonados.

Un buen día Miquel picó en el timbre de abajo. Ahí en la calle, lo acompañaba el conductor de la furgoneta de mudanzas.

Trasladamos nuestras pertenencias al vehículo en menos de una hora.

-Es un pueblo del Pirineo -dijo Miquel.

-¿Seguro que lo has mirado bien? -preguntó Paloma con cierta desconfianza.

El transportista, a quien por supuesto no íbamos a pagar por sus servicios, esperaba en el bar de la esquina a que llegáramos a un acuerdo, inflándose de anís.

Allí íbamos. Éramos cuatro, y uno que no estaba. La camioneta trazaba curvas en las rectas y el chófer canturreaba; el resto no cantaba: gritaba. Pasamos por puertos de montaña, pasamos por villas con techos alados, pasamos por valles sumidos en la indiferencia de su verdor. Y

llegamos al pueblo.

Todo eran edificaciones ruinosas, derruidas. Una cabaña de labriegos era lo único que se mantenía en pie.

-Miquel, hay mucho trabajo para levantar esto -le dije.

Mientras, el transportista, que había descargado todos los bultos él solo, me perseguía.

-Señor, me tiene que pagar -decía.

-Anda y vete a tomar por el culo. ¡Qué te tengo que pagar yo, a ver, qué te tengo que pagar!

-Habrá que apalearlo -dijo mi hermana, cogiendo del suelo una garrota de encina.

Se fue el transportista sin más comentarios, echando leches. Con su marcha habíamos resuelto un problema, el tenerle que pagar, pero a su vez nos añadía otro, importante, y es que estábamos abandonados y sin medios de locomoción en un páramo de montaña; y nuestras pocas cosas apiladas en el suelo.

Viento frío silbaba en nuestras respectivas caras, rumor hostil, y empezaba a anochecer. Nos sentamos en cuclillas haciendo corro, en intento de ordenar las ideas y acordar algo.

Debíamos introducir nuestras cosas en la cabaña de labriegos y, en ella, hacer unas camas provisionales sobre el suelo. Debíamos dormir, para descansar y también para que nos cruzase la noche sin enterarnos. Debíamos, por la mañana, buscar una solución definitiva a nuestros problemas.

7

Dicen que los malos autores de la antigüedad, cuando tejían una trama en la que se enredaban hasta el punto que les resultaba irresoluble, para salir del problema hacían descender a la Tierra una deidad que con todo podía. Pues bien, eso es lo que sucedió en esta asquerosa novela.

Bajó Horus, o quizás era Eros, o puede que Cupido. La cuestión es que era un niño que con sus manos sujetaba arco y cuerda, enormes que te cagas.

-Soy el dios del Amor -dijo, y ensartó con la flecha a mi hermana.

-¡Hijoputa! -exclamó Paloma retorciéndose de dolor en el suelo, sangrando como una cerda.

-A partir de ahora estarás loquita por Miquel -afirmó el Cupido ese de los cojones.

-Y el enano este de mierda para qué coño ha venido -dijo Miquel-. ¡Oye!, no compliques más las cosas. Lo que necesitamos es un vehículo para irnos de aquí, y de paso, un buen fajo de billetes que no sean falsos. Venga, canijo, demuestra que eres un diosecillo verdadero.

-Así sea -dijo el niño dios. Y desapareció haciendo explotar alrededor de su cuerpo una nube de monóxido de carbono y metano.

Miquel y yo inspeccionamos las cercanías, buscando dinero y coche. Cuando pensamos que todo era un bulo del niño divino, localizamos un todoterreno. Nos aproximamos a él, lo inspeccionamos, tanteamos las puertas y se abrieron. Al lado del volante colgaba un llavero del cual su única llave estaba introducida en el encendido del motor. El vehículo era

novísimo, esplendoroso, potente, el mejor de los modelos posibles de la marca.

-No me lo puedo creer -dije.

-Más raro es lo del niño con alas que le da un flechazo a Paloma -dijo Miquel mientras abría el maletero-. Aquí está el dinero, dos cajas de zapatos llenas de billetes de quinientos.

Empezó a contar dinero. Yo lo dejé ahí para ir en busca de mi hermana.

Estaba sentada en una piedra, contemplativo su ademán de brazos apoyados en los muslos y una palma de la mano en cada mejilla. Al escuchar que yo llegaba, alzó la cabeza manteniendo la postura, y me preguntó:

-¿Encontrasteis eso?

-Sí; no hubo engaño.

-Es casi de noche. -Y bostezó.

-Pernoctaremos en la cabaña y al amanecer marcharemos.

-¿Soñé lo del flechazo? No tengo heridas.

-No existen los sueños colectivos. La flecha, aunque pareció verdadera cuando te impactó, no deja de ser algo simbólico.

-Por ahí viene Miquel.

Señalaba a mis espaldas y me giré para verlo llegar. Aún estaba lejos y llevaba dos cajas bajo el brazo.

-Se supone que debes enamorarte de él -dije a Paloma.

-No siento nada hacia ese hombre.

Preparamos el pasar la noche.

Incrustada en la ciénaga del sueño, la memoria a menudo toma las cosas como si no hubiesen ocurrido en la realidad, y el caso que se da en tales ilusiones es el de un individuo que nos mira, y se pertenece, pero nunca tiene que ver con nosotros. Los recuerdos que nos sumen en la nostalgia mantienen siempre una sensación de otredad.

Se deriva esto por hechos que no concernían a ese momento. Paloma y Miquel hablaban, a mi lado, y yo meditaba en cosas que intento incorporar ahora, pero eran distintas a lo que transcribo, como distinto es cada instante que transcurre en los poros del pensamiento, siempre unívoco; y el tiempo de ese transcurrir, siempre otro.

Se dirigían a la cabaña, abrazados, sin mirar lo que dejaban atrás, a mí. Y yo los veía alejarse, y me parecían una imagen en movimiento que reía a carcajadas, felices.

8

No pude pegar ojo en toda la noche. Los ininterrumpidos gruñidos y gemidos de Paloma y Miquel hasta casi el amanecer, me impidieron dormir.

Yo estaba acostado cerca de ellos, haciendo el imbécil y tocándome la pilila de vez en cuando por pura excitación. A ciertas horas de la madrugada noté que la respiración de Miquel se entrecortaba, y entre gemiditos de placer y de pánico, exclamaba: “Auxilio”.

Se hizo el día, mis ojos apenas veían, y ellos allí, mezclando siempre humores corporales.

Recogimos de nuestras cosas lo que nos pareció imprescindible, caminamos hasta el vehículo, abrimos el maletero y en él lo guardamos todo. Dentro, venga, que nos íbamos. Miquel arrancó y el mundo fue cambiando. Pensé en que no había vuelto a ver las cajas de zapatos, pero no comenté nada. Paloma sí lo hizo:

-¿De cuánto dinero disponemos, Miquel?

-De mucho. No volveremos a pasar por problemas económicos.

Quedé dormido; no pude evitarlo. Me supo mal por ellos, que sin tampoco haber pegado ojo en toda la noche, tuvieron que mantenerse despiertos para llegar a un destino distinto a los chamizos derruidos que dejábamos atrás.

Desperté y vi que el vehículo estaba estacionado en el arcén de una carretera. Ellos dormían. Salí a mear, detrás de unos matojos. Ni sabía qué hora era, pero el sol declinaba y pronto llegaría el crepúsculo.

Me rugió el estómago; había hambre.

Golpeé en el cristal de la ventanilla que daba a donde estaba Miquel. Se despertó, sacudió la cabeza y parpadeó. Me miró soñoliento y como si intentase averiguar algo, algo que yo no podía saber qué era. Un coche nos rebasó, el primero que pasaba desde que desperté. Miquel bajó el cristal.

-¿Qué ocurre, Joan? -preguntó.

Miré a mi alrededor, buscando a quien no fuese yo. Sin duda se refería a mí.

-¿No tienes hambre? -dije.

-Por supuesto que tengo.

Me introduje en el vehículo y Miquel arrancó pisando fuerte el acelerador.

Era un hotel de lujo, allá en el valle, junto a unas fuentes termales. Antes de llegar a él habíamos comprado ropa para los tres, y comido algo frío, un bocadillo. Nos duchamos y acicalamos, cada uno en su respectiva habitación, y entonces asaltamos el restaurante del hotel con la intención de eliminar nuestra hambre crónica de una vez por todas. Comimos y nos acostamos, y pasamos la noche, ahora sí, bien dormidos.

A la mañana siguiente pagamos la estancia y fuimos a buscar el todoterreno. No estaba; en su lugar sólo había desparramados por el suelo los útiles que metimos en el maletero. Tampoco estaban las cajas de zapatos.

-Nos han robado -dije.

-Eso parece -comentó Paloma.

-Hay algo que me intriga -intervino Miquel-. ¿Por qué se molestaron en sacar nuestros trastos?

Y aquí detengo el argumento para explicar lo que pasó: de nuevo nos

encontramos con el recurso del mediocre, del escritor lelo, incluso diría que agilipollado.

Me pedisteis todo eso, pero sin especificarme por cuánto tiempo iba a ser; dijo una voz en mi cráneo, con rechifla.

-¡La puta que te parió! -exclamé, cabreadísimo. Miquel me miró indignado.

-Oye -dijo-, a mí no me digas esas cosas, eh, que yo rápidamente me cago en tus muertos.

-Perdona. No era a ti.

“Hum” se limitó a decir, mirándome con desconfianza.

La cuestión de todo esto es que dejamos las cosas allí y nos fuimos a pie por la carretera; y para colmo, otra vez estábamos sin un miserable duro en los bolsillos.

9

Volvimos a la ciudad, como pudimos, y en ella intentamos reinstalarnos.

Paloma, Miquel y yo somos gente de bien, educados, honestos y con sentido del honor entre otras virtudes; pero lo primero que debíamos hacer después de haber abandonado nuestros repugnantes trabajos, irnos al campo y volver de nuevo a la ciudad, era encontrar el modo de ganarnos la vida, así que Miquel y yo, después de cavilar y coincidir en que lo apropiado era darle una buena paliza previa para ablandarla, metimos a Paloma en el bello y delicado mundo de la prostitución callejera.

Y allí Paloma, en la esquina y con la cara triturada, amoratada, esperaba a su selecta clientela, normalmente moros, yonkis, palmeros y algún que otro peón de albañil que había recibido su paga en negro.

Había competencia y sus consiguientes follones; más putas en las aceras que transeúntes, y claro, sus chulos, que siempre nos querían pegar, a Miquel y a mí. Lo jodido es que lo conseguían; estábamos ya los dos que parecíamos unos tullidos, siempre con nuestras caras descabradas y con nuestras extremidades escayoladas. Hasta el momento esos tipejos no habían hecho uso de armas contra nosotros, pero lo veíamos venir, así que al cabo de una semana solamente de haber comenzado en eso, sacamos a Paloma del oficio y nos pusimos a pensar en otros modos de ganar dinero.

-El negro tenía un rabo enorme -decía Paloma de vez en cuando, a solas, pensando que yo no la oía, y de seguido soltaba un suspirillo melancólico.

Encontramos alojamiento temporal en la trastienda de un bazar chino. Convivíamos con multitud de indígenas de ese país que eran explotados por sus paisanos. Estaban todo el día trabajando y jamás se quejaban por nada. El cuarto que ocupábamos estaba lleno de cajas, cajas amontonadas, por todas partes, llenas de materiales y de utensilios que importaban de China. Tropezábamos siempre con ellas. El jaleo era allí enorme y continuado, a todas horas; no se podía descansar, así que al cabo de poco tiempo decidimos buscar otro sitio donde vivir.

Y de nuevo la dinámica de buscar parapeto, refugio, algo que hiciese que las inclemencias del tiempo y de la vida quedasen amortiguadas.

FIN DEL VOLUMEN I

Las maravillosas aventuras y desventuras de nuestros personajes
continuarán en el Volumen II, de próxima aparición.